

Tribuna

Apple y la esclavitud del siglo XXI



GUSTAU
ALEGRET

PERIODISTA
CORRESPONSAL EN
ESTADOS UNIDOS

Recientemente el *New York Times* nos ha recordado que en el siglo XXI la esclavitud es aún una realidad. A través de la publicación de dos impactantes reportajes (*How the U.S. Lost Out on iPhone Work* y *In China, Human Costs Are Built Into an iPad*) el prestigioso rotativo neoyorquino ha revelado las durísimas condiciones a las que se enfrentan cada día cientos de trabajadores de la compañía china Foxconn en su planta de la ciudad de Shenzhen. Foxconn es la empresa subcontratada por Apple para producir sus productos: iPhone, iPad y otros.

Los reportajes denuncian largas jornadas de trabajo que exceden las 15 horas en condiciones no siempre aptas para la salud, semanas laborales de hasta 7 días, empleo de menores o el hacinamiento en habitaciones para dormir el resto de horas del día en las que no se trabaja.

Sea o no coincidencia que estos reportajes se hayan publicado tras la muerte de Steve Jobs, fundador de Apple y conocido por su poco respeto a la prensa crítica con su compañía, lo cierto es que son una evidencia del modo de vida en el que nos hemos instalado en el

conocido como mundo desarrollado. El voraz consumo de tecnología y la demanda constante de innovación servida de inmediato están llevando a las empresas al límite en sus procesos de producción; y la demanda es tan fuerte y la competencia tan aguerida que, como en este caso, se están cruzando fronteras que suponen una involución a siglos pretéritos, cuando para sobrevivir, los terratenientes o mercaderes tenían que recurrir a la esclavitud para ser competitivos. Lo que hoy hace Apple no es sino una forma moderna de ese trasnochado modelo social construido sobre el olvido de los derechos humanos más elementales.

Es cierto que Apple no es la única compañía que mira hacia otra parte (o miraba hasta la denuncia del *Times*) cuando produce en mercados donde los derechos laborales brillan por su ausencia. Hay otras muchas empresas que sobreviven con ese mismo modelo productivo, pero seguramente la compañía de la manzana es el máximo exponente de este éxito desvirtuado que hoy sabemos que encuentra parte de su razón en los excesos cometidos en países con bajos o nulos estándares de respeto a los derechos de los

'New York Times' denuncia el modelo productivo de Apple con jornadas laborales de 7 días y jornadas de 15 horas

trabajadores. Que nadie se extrañe, pues, de que Apple sea ahora cabeza de turco contra esa forma moderna de esclavitud.

Pero más allá del nombre propio, la denuncia del *New York Times* es una buena invitación para reflexionar sobre el modelo en el que estamos instalados, donde comprar y desechar por



obsoleto forma parte de una moda irracional de final incierto.

Hay quienes en Estados Unidos ha empezado a promover el boicot contra Apple.

No creo que sea esta la mejor manera de solucionar un problema que sobrepasa a esta compañía y en el que nosotros, con nuestras decisiones de compra, contribuimos directamente a perpetuar. Dejar de comprar Apple pa-

ra comprar Samsung o Nokia no es la solución. Es necesaria una reflexión más profunda que inevitablemente ha de comportar cambios incómodos en nuestra forma de consumir y de vivir.

La adicción a lo último tiene consecuencias y conocerlas hoy con más detalle es una buena oportunidad para esa reflexión. Pequeñas decisiones individuales siempre han generado grandes cambios en la historia.

LINEA ABIERTA

La sumisión del progresismo



ANTONIO
PAPELL
Periodista

Rajoyes, por formación, por temperamento y por talante, un personaje moderado en las convicciones y en las formas. Su dilatada presencia en puestos relevantes de la política española así lo ha confirmado, de modo que este segundo advenimiento de los conservadores al poder auguraba consecuencias muy distintas de las que suscitó la arribada de Aznar. Parecía que al fin se cerraba la estridente dicotomía española que aún traía hasta nosotros reminiscencias del Antiguo Régimen.

Por añadidura, y para solidificar aquellas positivas sensaciones, Rajoy nombró un gobierno muy profesional, plagado de altos funcionarios, y con dos proeles progresistas, con acreditada trayectoria li-

beral: Juan Ignacio Wert, sociólogo proveniente de la antigua UCD, vinculado estrechamente al mundo de la cultura y a Prisa, tertuliano solvente en las sedes mediáticas más prestigiosas, y Alberto Ruiz-Gallardón, extraído de un retrato de la gauche divine, ciudadano melómano y sensible, niño prodigio de la renacida libertad democrática y meritorio coleccionista de mayorías absolutas.

Pues bien. Como si hubiera que acatar alguna bíblica maldición traída a la actualidad por los manes de nuestras épocas oscuras, Gallardón y Wert han tenido que someterse a sendos procesos públicos de descontaminación progresista. A Wert le ha tocado nada menos que suprimir la «Educación para la Ciudadanía», ya Gallardón la mucho más ardua tarea de tomar claras decisiones reaccionarias en materia judicial, con la supresión de la ley de plazos para la interrupción voluntaria del embarazo y el retorno a la

anacrónica ley de indicaciones como medida estrella.

La tarea de Wert llega cuando «Educación para la ciudadanía» ya no era un problema. El Tribunal Supremo había dictaminado que, en su versión cabal, la asignatura no suponía adoctrinamiento alguno, las polémicas habían cesado y todos teníamos interiorizada la idea de que con dicha materia se infundían valores positivos en contra del racismo, el machismo o la homofobia. En definitiva, y como dijo en su blog Iñaki Gabilondo, quien había acogido en muchas tertulias a Wert, a veces junto a quien escribe estas líneas, «el tertuliano Wert hubiera tenido muchas dificultades para justificar esta decisión del ministro Wert».

En lo tocante a las reformas de Gallardón, varias de ellas desoladoras (el copago en los recursos contra decisiones judiciales es la agresión más seria al prin-

cipio de igualdad de todos ante la ley), la regresión mencionada más arriba nos sitúa en el pelotón de los torpes en Europa. En nuestro entorno, 18 países tienen ley de plazos y sólo cuatro mantienen aún una ley de indicaciones como la española de 1985. Y la tendencia es la que es.

En 1981, Leopoldo Calvo Sotelo, aquel conservador afable y bien poco revolucionario que gobernó poco más de veinte meses en nombre de la UCD, sudó sangre para convencer a la derecha española de la conveniencia de introducir el divorcio en nuestro or-

denamiento. Lo logró, pero la caverna votó en contra. Ojalá Rajoy tenga más suerte a la hora de controlar a las fuerzas más reaccionarias de su propio grupo y evitar así que este país moderno, que hoy está al frente del mundo occidental en materia de derechos y libertades, se deslice nuevamente hacia la zona de sombra de la superstición y la intolerancia.

Ojalá Rajoy tenga más suerte a la hora de controlar a las fuerzas más reaccionarias del PP